

ACTO SEGUNDO

Una sala del Palacio, espléndidamente iluminado al que llega, suavemente, la música del salón de baile. Puertas a foro y laterales. En el centro, mesa puesta para siete personas. César sirve vino en las copas. Luego se instala junto a la puerta de la izquierda, impassible como una estatua. Se abre la puerta de la derecha y entran Sinforosa y Beatriz. Se oye, más distintamente, la música del salón.

BEATRIZ.—¿He comprendido bien, Sinforosa? ¿Me has hecho señas de que viniera aquí?

SINFOROSA.—Sí, querida...

BEATRIZ.—¿Qué te ocurre?... ¿Por qué tanto misterio?...

SINFOROSA.—No quería que me vieses hablar contigo en secreto, allá...

BEATRIZ.—¿Por qué estás tan agitada? ¿Qué sucede?...

SINFOROSA.—Sucede que... que Alejandra está ya demasiado tiempo sentada, junto al espejo, con el profesor.

BEATRIZ.—Me complace darte la razón, por primera vez en mi vida, Sinforosa...

SINFOROSA.—Habría que hacerle comprender que ya es bastante... Que debe apartarse de ese hombre...

BEATRIZ.—¿Y cómo?...

BEATRIZ.—Así... guiñándole el ojo... *(Le indica el gesto.)*

SINFOROSA.—¡Perfectamente! *(La abraza afectuosamente.)*

BEATRIZ.—¡Ve, querida, ve!...

SINFOROSA.—¡Eres la mujer más astuta del mundo!

BEATRIZ.—La más astuta de esta sala... Porque en la de al lado, hay otra que lo es más que yo: mi hija... *(Sinforosa suspira.)* No suspires... Admírala, más bien... Y ve... Ve a cumplir con tu deber. *(Vase Sinforosa rápidamente. Beatriz repara en el mayordomo.)* ¡César!...

CESAR.—¿Alteza?

BEATRIZ.—¿Está todo pronto?

CESAR.—Todo, Alteza... Cinco cubiertos para el heredero de la corona y la augusta familia... Los otros dos para el señor ayudante y el señor profesor.

BEATRIZ.—Segura estoy de que el servicio será perfecto.

CESAR.—¡Alteza!...

BEATRIZ.—¿Y el menú?

CESAR.—Según el gusto de Su Alteza Real el heredero de la corona. Su excelencia el conde Lutzen tuvo la amabilidad de confiarme cuales son los platos preferidos en verano por el ilustre huésped.